



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **Max Weber: Desencanto, política y democracia, de Nora Rabotnikof [*]**

AUTOR: *Esperanza Palma Cabrera [**]*

SECCION: Reseñas

EPIGRAFE:

"La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y mesura. Es completamente cierto, y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez"

Max Weber. La política como vocación.

TEXTO

Dentro del campo de la Sociología y la Teoría Política, Max Weber es y seguirá siendo un punto de referencia obligado. Los planteamientos weberianos en torno a lo político-estatal, a la ciencia, a los problemas de la racionalidad y la legitimidad constituyen una perspectiva teórica fundamental para acercarnos a la comprensión de las formas de la política contemporánea. Hoy más que nunca es evidente la pertinencia de este autor si se piensa en la crisis de las utopías y de los grandes proyectos políticos y en la consecuente necesidad de entender la política sobre bases distintas y de construir propuestas alternativas más realistas y responsables. El libro de Nora Rabotnikof *Max Weber: Desencanto, política y democracia* nos permite reflexionar sobre estos temas a partir de la obra weberiana. Rompiendo con la imagen de un Weber científico obsesionado con la neutralidad en las ciencias sociales, la autora nos ofrece una perspectiva que recupera en su justa dimensión el complejo planteamiento weberiano en torno a la relación ciencia-política-ética.

En el libro se analiza el pensamiento del sociólogo alemán a partir de un conjunto de problemas: la relación entre juicios de hechos y juicios de valor, la especificidad de la política; la conexión entre racionalización y secularización y los límites de la democracia en la sociedad de masas. Todos estos temas aparecen articulados bajo la óptica del "desencantamiento del mundo". En nuestra opinión, la idea que recorre todo el análisis de Nora Rabotnikof y que conecta todos los temas por ella abordados, es que Weber presenta una visión desencantada de la ciencia y la política que apunta hacia el rechazo de toda pretensión filosófica de buscar "el sentido" de la historia y de fundar científicamente los valores y la política. Así, los conceptos weberianos forman parte de una perspectiva que rompe con la filosofía de la historia y que no reconoce verdades absolutas ni garantías en el campo de la ciencia y la política.

En el primer capítulo titulado "El horizonte histórico: Alemania y Europa a la vuelta del siglo", se analizan aquellos aspectos de la configuración histórica alemana que influyeron en el pensamiento weberiano, así como las transformaciones del capitalismo hasta la

primera posguerra que presentaron los puntos de reflexión de los trabajos de Weber sobre el capitalismo occidental.

En el segundo capítulo, "El horizonte teórico: razón e historia" el pensamiento weberiano aparece contextualizado dentro de la crisis del "paradigma de la razón"; paradigma que trató de sintetizar pensamiento y realidad, razón y sentido del mundo, conocimiento e historia y que tiene entre sus representantes al hegelianismo y al positivismo. Esta crisis de la razón marcará la posición weberiana con respecto del objeto y los alcances de las ciencias sociales y de hecho constituirá la base de su desencanto. "...la racionalidad weberiana no buscará ser el sentido de la historia, sino una respuesta de la pérdida del sentido" (p. 51). En este punto la autora retoma la compleja relación entre ciencia y valores. La distinción entre juicios de hecho y juicios de valor remite a la imposibilidad de fundamentar un juicio de valor en el conocimiento. La ciencia no puede probar la validez de los valores, la superioridad de unos sobre otros, porque esto entra en el terreno de la subjetividad y de la opción individual. Los valores son plurales justo porque no es posible probar su validez, "... con Weber entramos en el terreno del politeísmo de los valores" (p. 70).

"Los juicios de valor refieren entonces a lo que 'debe ser', un deber ser que no se deriva de ni se realiza necesariamente en lo que es, ni que tampoco resulta entonces accesible a una consideración racional universal. El juicio de hecho refiere, en cambio, a lo que 'es', y se funda en una base empírica intersubjetivamente contrastable. El ámbito de los juicios de hecho define los límites de la ciencia empírica" (p. 71). Las ciencias sociales no pueden, entonces, establecer normas de comportamiento.

La distinción weberiana entre juicios de hecho y juicios de valor no conduce a una postura científicista que pretenda que los valores están excluidos del ámbito científico. No lo están porque pueden ser el objeto de la investigación de las Ciencias Sociales, las cuales probarían su eficacia material; su papel en la construcción de visiones del mundo y de identidades. Pero no están excluidos, fundamentalmente, porque la ciencia puede plantear cuáles son los medios idóneos para conseguir ciertos fines determinados. Además de esto, los valores intervienen en la selección de un tema de investigación, en la construcción del objeto y en la perspectiva general. Y justamente porque los valores se vinculan con la orientación de la investigación científica hay también un "pluralismo metodológico" (p. 74). Pluralidad de valores y de perspectivas teóricas dan por resultado que el conocimiento siempre sea parcial y fragmentario. Las interpretaciones de la realidad están ligadas a una opción individual, no habiendo neutralidad científica si por ello se entiende ausencia de valores. Una conclusión importante que aparece en este capítulo es que para Weber la ciencia lleva a la pérdida de sentido porque quita al mundo su aspecto mágico, sometiéndolo a leyes de causalidad y excluyendo la posibilidad de encontrarle un sentido inmanente (p. 82).

El tema del desencanto vuelve a aparecer en el tercer capítulo "La política en una época desencantada". En él, la autora se aboca al problema de la relación entre ciencia-política y política-ética. El planteamiento fundamental que aparece en esta parte del libro es que la ruptura weberiana con respecto de la Filosofía de la historia conduce a una "descientifización de la política" (p. 86). La ciencia no puede garantizar triunfos, legitimar valores, ni descubrir una teleografía en la historia. "La ciencia se niega a ser legitimadora explícita de una política determinada y, en ese mismo movimiento, la política se despoja de su falsa científicidad" (p. 89). El único camino que queda para la actividad política es el de la responsabilidad. La política debe enfrentarse responsablemente con los riesgos y asumir que no tiene certezas, dado que actúa en el terreno de los valores. La ciencia sólo puede ayudar a tomar una decisión racional ofreciendo la elección de medios más adecuados para un fin. "En un mundo sin sentido, la política es el ejercicio de voluntad

dirigido a la realización de valores, a la construcción de un sentido" (p. 89). Ciencia y política tienen ámbitos diferentes. El campo de la ciencia es el saber mientras que el de la política es el poder y concretamente el Estado.

La distinción anterior lleva a Weber a plantear el politeísmo de los valores en política. Esta última se mueve en el ámbito valorativo y es el terreno de la lucha y el enfrentamiento. "Weber no sólo reconoce la pluralidad, sino que esa pluralidad supone lucha a muerte entre valores que en principio tienen igual validez y que sólo se imponen a través de la violencia y el consenso, independientemente de su 'verdad' o de su superioridad" (p. 95). No hay ninguna ética universal ni valores superiores a otros. Todos los valores tienen el mismo lugar y entran en pugna por imponerse.

Después de tratar este punto, la autora realiza un análisis de la relación ética-política a través del examen de la ética de la convicción, la acción es orientada por valores últimos sin importar medios y consecuencias. Frente a ella se encuentra la ética de la responsabilidad, en donde se articulan decisión personal responsable y cálculo. La acción es orientada por fines, pero sopesando los medios y las consecuencias de la actividad (p. 99). Esta ética se vincula a la visión desencantada del mundo, dado que parte del reconocimiento de que no hay certezas y de que la política se desarrolla en condiciones de riesgo. ¿Lleva esta postura el pragmatismo absoluto?, ¿No hay posible conciliación entre convicción y responsabilidad? Sin duda, estas cuestiones son de las que más han generado problemática entre los estudiosos de Weber. Nora Rabotnikof incorpora los problemas que genera esta visión de moral y política y entra en polémica con algunos intérpretes de Weber; con aquellos que ven en el planteamiento de la ética de la responsabilidad y su vinculación con la racionalidad, la transformación de la política en mera tecnología social que recurre a la ciencia para calcular acciones (p. 102). Según esta versión, la política no tendría fundamentos y las decisiones serían arbitrarias, igualmente justificables o injustificables.

Otros autores han interpretado que la política racional acaba con las utopías y proyectos alternativos bajo la justificación de la viabilidad técnica (p. 103). La política se reduce así, a su dimensión instrumental perdiendo capacidad crítica.

La autora reconoce que existe en Weber una tensión entre decisión y racionalidad. No obstante, rechaza la interpretación instrumentalista del concepto weberiano de política: "Si es cierto que el elemento de la decisión, de la afirmación práctica de los valores últimos, impone un sesgo voluntarista, definitorio al concepto de política en Weber, por otro lado el énfasis de la responsabilidad y en la racionalidad intenta conectar fines y medios, valores últimos e instrumentalidad en una coherencia que en última instancia sólo puede tener sentido individual, ya que toda pretensión universal se ha perdido" (p. 105). Desde esta perspectiva, el sociólogo alemán no tendría una visión instrumentalista de la política y estaría planteando un esquema tecnocrático. "Frente a la disolución de la política en la técnica y el cálculo, Weber reivindicará precisamente la decisión personal y el pluralismo de los valores, que no desaparecen ante la 'salida óptima'. Por ello se impone el peso de la responsabilidad ante el enojo de otros dioses o demonios y ante el drama de la paradoja de las consecuencias" (p. 106).

La reflexión anterior lleva a Weber a plantear que el terreno de la política es el del politeísmo de los valores, de la afirmación de fines últimos y también del ámbito de la fuerza y de la guerra. La política se define por su referencia a la violencia (pp. 107-108). A diferencia de la ciencia, en la que el pluralismo encuentra un terreno común en la metodología, la política no cuenta con un espacio de diálogo. La política queda pues, vinculada al conflicto; no hay posibilidad de diálogo y negociación. El pluralismo en política conduce al enfrentamiento y éste se resuelve por la superioridad (violenta o no) de

una postura (p. 111). Según la autora la visión de la política como guerra conduce a pensar la voluntad política como voluntad de dominación y a la dominación como un horizonte insuperable. No entran en el planteamiento weberiano las nociones de bien común y voluntad general. El pluralismo de valores cuestiona la ilusión de una universalidad política, mucho más si se piensa en las sociedades de masas donde surgen nuevos sujetos sociales, especialismos e identidades (p. 113). En Weber la problemática de la legitimidad apunta más a las "razones que invoca el poder" que a las formas de constitución de una voluntad política. (pp. 113-114) Esta visión -que como bien dice la autora tiene el problema de que desvaloriza otras dimensiones de la política- marca la concepción weberiana en torno a la democracia y al Estado.

El complejo problema de la relación entre ciencia y política lleva a la autora a tratar el tema de la racionalidad en el capítulo cuarto titulado "Los mecanismos de la racionalidad". En él se analizan las acepciones del término racionalidad, su génesis como proceso histórico y su vinculación al desencantamiento del mundo. Como en todos los capítulos, se retoma aquí el tema de la ruptura weberiana con respecto de la filosofía de la historia. En esta perspectiva, la racionalidad no es una fuerza que se despliegue en la historia. La racionalidad es entendida como construcción teórica que permite ordenar la realidad y como un concepto que refiere a patrones de significado que se han expresado en instituciones y actitudes (p. 119).

A través del análisis de la Sociología de la religión, se desentraña el origen de la moderna racionalidad que tiene su raíz en el protestantismo. La autora analiza cómo ante la racionalidad moderna se desvaloriza el postulado religioso y se le relega al plano de lo irracional. El rasgo fundamental del mundo desencantado será la autonomía de las distintas esferas de la vida social con respecto a la religión. Este capítulo incluye un complejo análisis de los conceptos de racionalismo ético y práctico, de racionalidad material y formal, de racionalismo de acuerdo a fines y de acuerdo a valores y de racionalismo instrumental o normal.

El capítulo cinco "Sociedad de masas y Estado moderno" retoma el análisis weberiano sobre la racionalidad que opera en el capitalismo del último cuarto del S. XIX hasta la primera posguerra. El tránsito a la sociedad de masas llevará a Weber a formular los conceptos de racionalidad, burocratización y socialización.

Se analiza en este apartado cómo la racionalidad formal, entendida como cálculo y expresada en el ámbito económico se manifiesta también en la esfera de la dominación. Se va perfilando en las sociedades modernas una dominación racional que reduce los elementos políticos a "unidades jurídicas" (p. 158), en donde interviene el cálculo, que tendrá como sujeto a la burocracia, y en donde el Estado concentra la política, los medios coactivos y normativos.

Uno de los problemas centrales tratados en éste capítulo es el binomio democracia/burocracia. La burocratización no parece como deformación de un proceso sino como producto de la masificación y la democratización. Las tareas administrativas se amplían frente a la presencia organizada de las masas, frente a la extensión del sufragio, el aumento de la productividad y el predominio del saber especializado, lo cual implica transitar de un actuar en comunidad en un actuar en sociedad (p. 169). A mayor demanda social, mayor burocratización. este es un proceso inevitable y Weber encuentra en él los límites y problemas de la democracia en la sociedad de masas. Esta cuestión es tratada en el último capítulo "La democracia posible".

En él se analiza la visión realista de Weber sobre la democracia. La autora plantea que el sociólogo alemán rompe con la tradición liberal, jusnaturalista y contractualista, al

descartar la idea del derecho natural como base de una teoría de la democracia. En Weber la democracia es una técnica, no un valor (p. 193) y el problema fundamental del poder es su eficacia, no su representación. "La democracia aparece como técnica de organización del consenso, de selección del liderazgo y de fortalecimiento del gobierno político frente al gobierno administrativo" (p. 196). En este sentido, la preocupación central de Weber será fortalecer al parlamento como forma de hacer contrapeso a la burocracia y como instancia formadora de líderes políticos. No es su preocupación central la función representativa del parlamento, apareciendo de nuevo su visión desencantada de la política. El parlamento "y los partidos como forma de representación" como escuela de líderes y mecanismo de legitimación antes que instancia de discusión pacífica y racional (p. 215).

La perspectiva weberiana sobre la democracia es complementada por el elemento carismático. El carisma estará presente en toda democracia y representará la posibilidad de la innovación, de revivir la política frente a la administración y de afirmar valores. El papel del caudillo será entonces, reivindicado desde esta postura.

Con esta breve reseña podemos apreciar que el texto de Nora Rabotnikof no sólo no simplifica los planteamientos weberianos, sino que los complejiza abriendo nuevos problemas para la discusión. Tal vez lo que más destaque del texto es que la autora nos presenta a un Weber a partir del cual podemos pensar la política contemporánea; la política en una época desencantada.

CITAS:

[*] (1989) UNAM, México.

[**] Profesora-investigadora del Area de Teoría de las Formaciones Sociales, Departamento de Sociología. UAM-A.